

V. Blasco Ibáñez
La verdadera legión
(*El Pueblo*, 24-12-1906)

Miles de telegramas expresan el cariño de los republicanos de Valencia a este sencillo obrero de la Democracia y del Arte. ¿Qué he hecho para merecer tanto amor, tanta ternura? ¿Cómo el cumplimiento del deber suma a mi alrededor tan ardientes voluntades? ¿Por qué este alejamiento voluntario que me he impuesto, enciende más nuestros afectos y nuestros entusiasmos?

Aun teniendo el hábito y la vocación de estudiar las masas, de penetrar en su alma para condensar en discursos y en libros sus anhelos, tal es la fuerza de impresión de vuestras aclamaciones, de vuestra exaltación, que ante ellas permanezco perplejo. ¿No ha habido otros que hayan trabajado con el mismo ardimiento por los ideales? Sí, amigos míos; sí, hermanos míos. Cualquiera, uno de ese aguerrido y valeroso ejército del librepensamiento vale tanto como Blasco Ibáñez. Yo no he hecho nada, y conste que no son estas palabras el vano y artero disfraz de la inmodestia. Es la razón, la lógica, la justicia, la que habla.

La obra no la realiza un hombre solo. El puente que une dos cimas, que salva el abismo; el túnel que abre calles en inmensas moles de piedra; el humano esfuerzo que vence los poderosos obstáculos que la naturaleza virgen opone al genio de la especie, son obra del concurso de todos, sabios o ignorantes, obreros de la mente y proletarios del músculo. Es solo la idea la triunfadora. Puesta en marcha a impulsos de la voluntad, exalta los sentimientos, clava sus raíces en el alma, choca contra el poder de reacción de ideas antagónicas, seduce a las masas con el espíritu de proselitismo, extiende su corriente desbordante, vence y se impone. ¡Llor al ideal!

Él acaricia constantemente las sienes del poeta, fuente de inspiración, fecundo manantial de arte, de belleza eterna. Fortalece al hombre en la condenable flaqueza de sus pasiones, de sus desvaríos, de su soberbia y de sus odios. Más grande que todos, jamás ha sido vencido ni por la muerte y se perpetúa en el libro resolviendo los misterios de la ciencia y de la filosofía, en la piedra inmaculada y en el lienzo legando a la eternidad con los relampagueos del genio, héroes, mártires y sabios, en la música, recogiendo los murmullos de la selva, el poderoso y eterno himno que entona el mar; en política uniendo las almas, las voluntades, encendiéndolas, organizándolas para la conquista de la libertad, que es la lenta labor realizada por los siglos, la aspiración de todos los pueblos, en todas las edades.

Y esto precisamente ha ocurrido en nuestra hermosa Valencia. Nunca la civilización sufrió extravíos. En su tarda y penosa marcha visitó

todos los continentes. Triunfó en Persia y Alejandría, en Atenas y en Roma, en París y en Nueva York. Los sabios observan su aparición en el oriente de Europa, en la actual evolución del alma eslava.

Parecería paradójico establecer una relación entre los amplios horizontes que señala el progreso y el reducido cuadro de nuestra tierra. Y sin embargo, a ello me inclina un síntoma que tiene toda la elocuencia de un hecho, de una lección. No son los republicanos valencianos los mismos que en otras regiones he visto. Hay en nuestra tierra, quizás por reflejismos mediterráneos, un ambiente de cultura y valentía a la vez, de intrépidos anhelos y nobles ambiciones, de arrestos varoniles y ensueños ideales, de nerviosas, inquietas, misteriosas ansias y dulces, poéticas, redentoras visiones que, no es esto sugestión ni ridícula patriotería, trazan su fisonomía moral, completamente distinta al resto de España. Sin duda alguna, Almirall, al razonar sobre la evidente disposición regionalista de la península, expuso claramente el concepto sobre la diversidad de naciones que parecen poblar España. Pero esta idea que parece circunscribirla el cultísimo catalanista liberal al aspecto exterior, a la fachada, debe ampliarse a lo más íntimo, a lo que es esencia de nuestra propia individualidad.

Es indudablemente algo de lo que antes apuntábamos, al indicar la ruta de la civilización. Al lanzar esta al mundo las ideas con la prolífica exuberancia de su fecundidad, Valencia recogió aquellas que por la disposición de su origen y de su temperamento, habían de encontrar fuerza vital para su hegemonía y su expansión. Y así como en el resto de la península los ideales caminan perezosamente, la región levantina, con un asombroso poder de asimilación se ha adaptado a las nuevas corrientes, a los novísimos principios. Aquí se multiplican los prosélitos, fórmanse instantáneamente ejércitos, sin más librea ni más disfraz que el que les presta la blusa del obrero, la típica vestimenta del labriego y la barretina del marino. No son los legionarios de la romana tiranía, ni los intrépidos mercaderes de la sórdida y astuta raza fenicia. No son los inconscientes ni los bárbaros que en las remotas épocas de balbuciente civilización desde las campañas macedónicas hasta el ayer de la historia del mundo sembraban las ideas que parecían guardar en estuches de sangre.

Son la única legión posible de nuestros tiempos, ardiente pléyade de proletarios que se desayunan con el periódico y consumen las horas de asueto cultivando a Zola, Kropotkine, Reclus, Grave, todos los grandes pensadores y bienhechores de la humanidad.

Arraigó la idea de tal modo, que bastó el esfuerzo de muy pocos años para ganar la batalla decisiva a los reaccionarios. Y no sé por qué extraña asociación de ideas, al estudiar la psicología nacional comparo Valencia con aquella Grecia europea, que henchida de entusiasmos por su independencia

y su libertad, rechazaba ardientemente las imposiciones de los persas, mientras la Grecia asiática, que pudiéramos comparar con las demás regiones españolas por su mansedumbre, las aceptaba sin protestas, resignada con su esclavitud.

Sí; forzoso es que nuestra reducida satrapía extienda su imperio ideal a toda España. No es esta cruzada grande, poderosa, propia de los atletas valencianos, semejante a las que en la antigüedad realizaban por espíritu de conquista pueblos contra pueblos. No han de ser las nuestras maniobras militares bajo la experta dirección de un general determinado, siquiera haya necesidad de sepultar las montañas, de abrir los istmos que separan nuestro libre pueblo del espíritu fanático que predomina más allá de las fronteras de la región. Todos los correligionarios, la gloriosa legión republicana, invencible, que redimió Valencia y jamás la dejará caer en poder del enemigo, han de realizar una inteligente labor de intensidad política, conquistando en definitiva en el hogar, para sus mujeres, para sus hijos, sana, honrada y razonadamente practicados la libertad y el librepensamiento, divorciando para siempre sus almas de toda influencia atávica, de toda ridícula superstición, de todo condenable prejuicio.

Jamás podríamos considerarnos como vencedores, si mientras proclamásemos a todo grito y en todo diapasón nuestro imperio en la cosa pública, abandonásemos por torpeza la labor en la vida privada. Siendo tan reducidos los hogares, en ellos ha elaborado su conciencia la humanidad. En el amor familiar tuvieron su origen las más excelsas doctrinas, los amores universales. Es un problema de calma y de abnegación, y sin abandonar esa helénica impresionabilidad que caracteriza el alma valenciana, hora es ya que un celaje de razón ponga reposo en nuestro poder imaginativo, y se entre por el surco de una labor más fecunda cuanto más paciente. Ha de ser esta una obra de trabajo común; una nueva idea, un nuevo anhelo, en el que se debe emplear la voluntad de todos los que sinceramente traten de vigorizar cuanto llevamos hecho.

Y en esta nueva empresa no ha de ser la gloria para uno, que la gloria, si es justicia social que se conceda, solo debemos darla a quienes en la lucha y ante la historia por su abnegación, sus talentos, sus sacrificios y su perseverancia a ella se hagan acreedores, y no a quienes por ideal figuración traten de arrogársela.

Si es cierto que sinceramente me llamáis maestro, discípulos hay ahí, que yo no he de indicar porque están en el ánimo de todos vosotros, que sabrán interpretar y extender esta doctrina; ya que la evolución imprime su fuerza sobre todas las ideas, deberán encauzar las vuestras en el más amplio sentido científico y racionalista, fomentando escuelas laicas, consiguiendo del municipio cuantiosas subvenciones a este objeto, obligándose ellos a

predicar con el ejemplo o imponiéndoos a vosotros el deber de practicar con toda honradez y pureza el más noble de los ejercicios de la razón. Precisa la higienización de los sedimentos religiosos.

Y si para esta preciosa labor nace en el corazón de todos los buenos revolucionarios el dulce eco de olvidadas armonías y una pasión inextinguible por las ideas, libre de todo impuro contacto personal orienta a todos los que se extraviaron, y la espléndida verdad que solo es una y sola debe ser su interpretación, triunfa sobre todas las voluntades y sobre todos los disentimientos de fondo o de forma, personales o doctrinales y los embriagadores rayos del sol de la justicia iluminan los espíritus, no solo se habrá realizado labor local, sino que con la desbordante exuberancia de vuestras energías y en plazo no lejano, por el ejemplo de vuestro desinterés y de vuestra actividad, la patria entera, subyugada ante tanta grandeza, ante tal heroísmo, caerá rendida y enamorada entre vuestros brazos y depositará en vuestras frentes un beso de eterna unión, de inextinguible felicidad.